

ROMPER LA HORA (ELOGIO DEL TAMBOR)

*«A la entrañable y pintoresca
Moratalla»*

HAY pueblos menudos y altos que comprenden una serie de aspectos místéricos insondables, resultan atractivos por sus tradiciones y aportes etnológicos. De tal factura es Moratalla, estudiada por A. Rubio en sus «Cosas de Moratalla», y recopilada en sus viejas y ancestrales tradiciones por siete autores que rememoran su pasado, el de la arcaica Trieta, en las plumas de Rogelio Fernández Lozano y otros, sobre recopilación de las fiestas del Cristo del Rayo (1621-1971), donde figuran datos importantes para la recuperación de aspectos tan interesantes como a programas de festejos, comprensivos de los días 10 a 15 de junio, desde 1894 y siguientes, que marcan hitos en el desarrollo de sus festejos, donde la presencia de las chirimías, de las vacas y el famoso «tío de la Pita», informan una expresión fiel de su manera de pensar, por aquello de que: «de vaca el pueblo nunca se atraca», o de la Cucaña, en la calle de los Bancales, o de las «carratillas», tan célebres como las que aparecen en Fortuna (la noche de Sábado de Gloria»), y por supuesto del ruido que imprime el tambor en la presencia de su Semana Santa.

Es cierto que en mi deambular por los pueblos, el de Moratalla alumbró visiones inéditas cada vez, intuyo como aledaños y huecos por los que acude la peripecia de lo inédito y se agarran a las calles sus ecos del pasado, como entre ecos de una danza entre cristianos y moros, entre lances de dama misteriosa y querencia en la soledad de la peña. Hay como un rebrillar de sus atuendos arcanos, con la viñeta

al fondo del Castillo, con las espadañas de sus templos y sus calles pedregosas por las que se pierde una figura; la del abuelo, o la de los tamboristas que transcurren por sus espacios quedamente, antes de segar el aire con sus palillos.

Lo del tambor en Moratalla es otra historia, preludio de viejo oficio que rebrota con la vigencia de una llamada, con la virulencia de algo que delata su manera de ser y de sentir, sobre todo del sentir de un pueblo. Siempre me han llamado la atención estos moharachos, extraños seres con sus rostros tapados, figuras de tamboristas que por los cuatro rincones y por las calles y plaza de la villa, van portando el tambor de cordel, preparándose para la hora precisa y mágica, como cuando el aliento se rompe y surge el heedor del tiempo de la muerte.

Me ha interesado desde hace tiempo todo este mundo gestual, toda la liturgia de la llamada «geografía del tambor» que se posa en pueblacos de Aragón y de Albacete y Murcia. Es la geografía de los exhabruptos, del ruido, de la presencia del enigma en los días de la Semana de Pasión. Como por gracia de algún demiurgo, se dan cita los tamboristas en horas señaladas, en Alcañiz, Calanda, Tobarra, Hellín, Mula y Moratalla, para descubrir el denso trepidar de sus sonidos, a «tambor batiente», como en el medievo lo hacían los soldados que iban a la guerra, y en la época moderna también morían los soldados a tambor batiente, que son las otras campanas del dolor. Pero en cada pueblo el tambor señala su hito, su fragancia, su ronquido y expresa el dolor de su cuerpo.

Cabe hacerse serie de preguntas como el origen del tambor, su sentido ritual, la

marca de cada pueblo, su significado y osadía, etc., un cúmulo de preguntas que sus mismos cronistas y estudiosos tratan de hacer. Pero sobre todo ello se da una razón y un silencio que nos deja conturbados cuando los escuchamos, cuando acudimos a oír las tamboradas, émulas de otros contenidos semejantes de nuestro país. Porque es preciso saber escuchar el toque, la galanura del autor del mismo, la razón o sin razón de ese siniestro y atractivo fulgor del roce entre el palillo y las tensas pieles del tambor, instrumento usado por los dioses y humanos, signo de algo dramático, de tremendo escarceo de roces, petulancia y ardid, mezcla de Júpiter tonante y de verdugo que lleva el personaje al suplicio. También pudiera significar el vigoroso estremecimiento o ruido para despertar al espantoso gigante, como en el libro sagrado del Ramayana¹, o preludiar la desgracia de una muerte en la hora suprema del martirio, como en nuestra liturgia evangélica testamentaria; pero en todo supuesto la cosa no queda aquí sino que sigue el curso de las investigaciones que sincronizan la majestad del tambor con el ruido que puede aliviar el desazonado gesto de la trágica muerte y por este camino hemos de advertir la seña de identidad de nuestras «tamboradas» en la espaciosa ritualidad de nuestra geografía donde cada tamborada, que no tamborrada, posee su gracia y propio atavismo, pues en la zona albaceteña aquellos van con sus rostros destapados, como en Mula, en tanto que en Moratalla lo llevan oculto. En los otros sitios se dan ciertas formas y surge la «alborada» en Tobarra, con su inquietante perfil digno de estu-

dio; en tanto que en Moratalla asume su potencia y envidia en el atractivo desorden y anarquía, en sus dispares atuendos, desafíos y desplantes que conforman toda una verborrea típica, asombrosa, de crónica goyesca, en torno al tambor. Incluso se da diverso ritmo en la manera de «romper las horas», «romper el fuego», darse cita, juntarse y disgregarse en la tarde en que se suele hacer el asno, en la forma de tocar y echarse encima el tambor, que es el instrumento básico de los momentos más tétricos de la liturgia redentora, cuando Jesús, el Dios hecho hombre, muere en el Gólgata, y la liturgia cristiana secunda la ceremonia de evitar el sonido de campanillas, en los días señalados, vísperas del Jueves Santo al Domingo de Resurrección, pero esto antes del Vaticano II, en que se escuchaba, a su vez el eco sordo de la carraca en esas horas profundas. Pero lo cierto es que el fragor del tambor, desligado de la pandereta que tiene otros menesteres en lenguaje hebreo; sostiene en sí un temblor que acusa el sentido del drama evangélico, como síntoma del dolor grave de Cristo que fallece, y tal lo fecunda el mismo Leopoldo Alas en su magnífica obra² al escribir que: «Los tambores vibraban fúnebres, tristes, empeñados en resucitar un dolor muerto hacía diecinueve siglos», pues el ir más allá es rizar el rizo y a nosotros nos vale este sentido, desde nuestra fe y comprensión, sin perjuicio de que autores como Rogelio Fernández, José Ludeña y otros, confirmen el hecho de su origen en el bajo Aragón o mantienen la tesis de su sentido franciscano, en el hacer ruido en

1 Es la referencia a: «Con toda energía hicieron resonar timbales, tambores y caracolas...»

2 «La Regenta», una de las obras cumbres, en su capítulo 26.



estas celebraciones litúrgicas³ o como protesta o rebeldía que se sujeta a la túnica de gato de Moratalla³, «oficio de tinieblas» de los franciscanos, en fin, que sale a la calle a seguir «rompiendo» como expresión de los tamboristas, que en la ciudad del Cristo del Rayo y de la Virgen de la Rogativa, acusa un factor entre tenebroso y como de botarga, tan esencial y desconocido que me parece admirable, y que autores como los señalados han tratado de verter y brillantemente en su libro «El tambor en la semana Santa de Moratalla»⁴.

Nos parece soberbia esta expresión del tambor moratallero que posee escuela y enjundia en la hechura de este instrumento que Covarrubias lo define como: «..una caja redonda cubierta de una parte y de otra con pieles reseca de becerros, que comúnmente llamamos pergaminos...»⁵, que es de piel de cabra, en nuestra geografía, resultado de unos artífices, preclaros en el arte de pergeñar el tambor de cordel; el más primitivo, aunque ahora se hace de tornillos, donde el maestro obra maravillas hasta ponerlo a punto, por lo que antes de su entrada en acción, es usual que se hable de «sacar palmos de cordel» o «echar las trabas», que es el empeño del maestro veterano para darle su dimensión más auténtica, como el que afina el violín para sacarle sus sonos más entrañables, como preparación ritual para romper el fuego.

Trance sublime éste de romper la hora, sesgar el aire con la entrada de los miles de tamboristas al tiempo justo, ni más ni menos, como si los demiurgos del silen-

cio estallaran en una muestra de dolor, a la hora del alba moratallera del Jueves Santo, cuando el hombre reza y los templos se resguardan como penitentes citorios que se aislasen para siempre. Moratalla hierve con el ruido que es lamento. Redoblan sus timbales en el hacer más clásico de su estirpe, solera y bravío. Toda la ciudad se viste de nazareno enjuto o regordete que con su rostro tapado apabulla desde las esquinas y pone orillas de tenebrismo en los corazones. Todo es un espasmo, como procesión anárquica de viejos penitentes que llevan al matadero al inocente. Y hasta en los árboles se retoman sus sonos en un océano de onomatopéyica factura de redoble que, a veces, se empecina en el «desafío», con el vecino (cosa santa entre ellos) para encumbrarse en la maestría y, vencimiento, como trajín de comparsas y de botargas que con sus atavíos coloristas imponen y exponen sus muestras de peculiar asombro de mascarada en época del trance. Algo inaudito, fabuloso, que nos deja anonadados, porque la tamborada moratallera es única, grandiosa, elocuente, prístina y atávica, como quienes los hacen sonar en sus «redobles» fabulosos, en sus «desafíos y desplantes», como si la sangre del rostro enigmático hirviera para lanzar su quejido ante la sorpresa de eruditos y forasteros, y es cuando se nota, como dice Ludeña López: «que es algo más (el tambor) que un instrumento, es la prolongación del ser y arte de la persona, que puede aflorar gracias a la magia del redoble»⁶.

El tambor ruge y habla con el redoble de su palabra cuando sus oficiantes o demonios telúricos de Moratalla, lo hacen sonar en el momento de su Pasión, hasta

3 El tambor de la Semana Santa de Moratalla...

4 La misma obra, de los autores J. Rogelio Fernández y otros.

5 Tesoro de la lengua castellana...(1611).

6 Vid. Tambores de la S...



el Viernes Santo al mediodía, pues continúa su latido, en una «Asnería» dispar y hermosa. Cosas de nuestros antepasados que hay que admirar y saber escuchar. Como también las fachas de sus nazarenos y tamboristas con sus largas túnicas

y prendas de colores que pueden servir de encuadre para rasgos de un Solana meticulado. Siempre con un efecto de claroscuro, de negrura y pintoresquismo.

F. Saura Mira
Académico de la A.A.X. de Murcia.